

REFLEXIONES

La obra inacabada

■ Al recorrer el Museo de Atenas el visitante se encuentra con esculturas, frisos y sobrerrelieves que se han rescatado después de intensa labor arqueológica. Por eso, la mayor parte de las obras que allí se exponen están truncas.

Yo creo que en eso reside la principal atracción del Museo de Atenas.

Una obra de arte incompleta, sea porque el artista no la completó por cualquiera circunstancia o por haber sido mutilada por la acción del tiempo, tiene un indefinible encanto. Su parcialidad hace que el espectador advierta la potencialidad que ella encierra y tienda a imaginar la perfección a la que habría llegado el artista. Y la imaginación siempre supera a la realidad.

Yo no sé si la Venus de Milo contaría con la justa fama que ella tiene si hubiese llegado hasta nosotros con sus brazos completos. Cuando uno se acerca a la célebre escultura y advierte que el tiempo no fue capaz de quebrar la hermosa proporción del rostro y del cuerpo de la Venus, no puede menos que preguntarse qué maravilla ella sería con brazos. Pero si la contempláramos completa, tal cual el anónimo artista la creó, por perfecta que ella fuera, sólo captaríamos una globalidad totalmente realizada que no incitaría a nuestra imaginación. Estaría completa, no podría ser mejor, cómo lo puede ser, en cambio, la escultura de los brazos truncados.

El mismo fenómeno ocurre en todos los campos.

A veces, por azar, llega hasta nuestras manos el fragmento de una obra literaria en elaboración. Al leerla no podemos juzgarla como una totalidad, sólo podemos pensar en las posibilida-

des de desarrollo que ella permite y, como esas posibilidades son múltiples, nos entusiasma e interesa la potencialidad creativa que ella presenta.

Después, cuando vemos el producto acabado, invariablemente sentimos algo de decepción. El escritor ha tenido que elegir entre todas esas posibilidades que se le ofrecían y toda elección implica descartar caminos. Por justa y talentosa que haya sido la elección, nunca la obra terminada será tan rica en sugerencias e insinuaciones como el fragmento trunco.

El fenómeno de la atracción de lo inacabado no sólo se da en el arte y la literatura. Con mayor dramatismo aún se presenta en la vida misma.

Un hombre o una mujer de talento que mueren jóvenes, se agrandan en nuestro recuerdo y valoración no por lo que hicieron, sino por lo que pudieron hacer, por la dirección a que apuntaba su flecha creadora a la que suponemos siempre que dará en el blanco.

Por eso mismo, siempre resulta odiosa e injusta la comparación entre dos artistas de su misma generación, cuando uno murió en plena juventud y el otro continuó su ciclo vital. Al primero se le juzgará siempre más que por sus logros, por las posibilidades que dejó entrever y, al otro, por lo que en definitiva realizó que nunca colma todas las expectativas.

La vida trunca, la obra inacabada sugiere la potencialidad de una plenitud que jamás se alcanza.

Por eso, todo artista debiera morir joven y toda obra de arte debiera permanecer inacabada, abierta a las expectativas y la imaginación de quienes la admiran.

PARTIQUINO.